

Permítaseme esta breve digresión para inculcar verdades que nunca se tendrán demasiado presentes, cuando se trate de examinar las grandes instituciones fundadas por el Catolicismo. La filosofía tiene en la actualidad que devorar amargos desengaños; vese precisada á retractar proposiciones avanzadas con demasiada ligereza, á modificar principios establecidos con sobrada generalidad; y todo este trabajo se hubiera podido ahorrar, siendo un poco mas circunspecta en sus fallos, andando con mayor mesura en el curso de sus investigaciones. Coligada con el Protestantismo, declaró guerra á muerte á las grandes instituciones católicas, clamó por la excentralización moral y religiosa, y un grito unánime se levanta de los cuatro ángulos del mundo civilizado, invocando un principio de unidad. El instinto de los pueblos le busca, los filósofos ahondan en los secretos de la ciencia con la mira de descubrirle; ¡vanos esfuerzos! *Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto ya*; su duración responde de su solidez.

CAPITULO XXVII.

UN celo incansable por la santidad del matrimonio, y un sumo cuidado para llevar el sentimiento del pudor al mas alto punto de delicadeza, son los dos polos de la conducta del Catolicismo para realzar á la muger. Estos son los grandes medios de que echó mano para lograr su objeto; de ahí procede el poder y la importancia de las mugeres en Europa; y es muy falso lo que dice M. Guizot (*Lec. 4*) "que esta particularidad de la civilización europea haya venido del seno del feudalismo." No disputaré sobre la mayor ó menor influencia que pudo ejercer en el desarrollo de las costumbres domésticas, no negaré que el estado de aislamiento en que vivía el señor feudal, el "encontrar siempre en su castillo á su muger, á sus hijos y á nadie mas que á ellos, el ser ellos siempre su compañía permanente, el participar ellos solos de sus placeres y penas, el compartir sus intereses y destinos, no hubiese de contribuir á desenvolver las costumbres domésticas, y á que estas tomasen un grande y poderoso ascen-

diente sobre el jefe de familia." Pero ¿quién hizo que al volver el señor á su castillo encontrase tan solo á una muger, y no á muchas? ¿Quién le contuvo para que no abusase de su poderío, convirtiendo su casa en un harem? ¿Quién le enfrenó para que no soltase la rienda á sus pasiones, y de ellas no hiciese víctimas á las mas hermosas doncellas que veía en las familias de sus rendidos vasallos? Nadie negará que quien esto hizo, fueron las doctrinas y las costumbres introducidas y arraigadas en Europa por la Iglesia católica, y las leyes severas con que opuso un firme valladar al desbordamiento de las pasiones; y por consiguiente, aun dado que el feudalismo hubiera hecho el bien que se supone, sería este bien debido á la Iglesia católica.

Ha dado ocasión sin duda á que se exagerase la influencia del feudalismo en dar importancia á las mugeres, un hecho de aquella época que se presenta muy de bulto, y que efectivamente á primera vista no deja de deslumbrar. Este hecho consiste en el gallardo espíritu de caballería, que brotando en el seno del feudalismo, y estendiéndose rápidamente, produjo las acciones mas heroicas, dió origen á una literatura rica de imaginación y sentimiento, y contribuyó no poco á amanzar y suavizar las feroces costumbres de los señores feudales. Distingúase principalmente aquella época por su espíritu de galantería; mas no la galantería comun cual se forma donde quiera con las tiernas relaciones de los dos sexos, sino una galantería llevada á la mayor exageración por parte del hombre, combinada de un modo singular con el valor mas heroico, con el desprendimiento mas sublime, con la fé mas viva, y la religiosidad mas ardiente. *Dios y su dama*: hé aquí el eterno pensamiento del caballero, lo que embarga todas sus facultades, lo que ocupa todos sus instantes, lo que llena toda su existencia. Con tal que pueda alcanzar un triunfo sobre la hueste infiel, con tal que le aliente la esperanza de ofrecer á los pies de su señora los trofeos de la victoria, no hay sacrificio que le sea costoso, no hay viage que le canse, no hay peligro que le arredre, no hay empresa que le desanime; su imaginación exaltada le traslada á un mundo fantástico, su corazón arde como una fragua, todo lo acomete, á todo da cima; y aquel mismo hombre que poco antes peleaba como un león, en los campos de la Bética ó de la Palestina, se ablanda como una cera al solo nombre del ídolo de su corazón; vuelve sus amoro-

sos ojos hácia su patria, y se embelesa con el solo pensamiento de que suspirando un día al pie del castillo de su señora, podrá recabar quizás una seña amorosa, ó una mirada fugitiva. ¡Ay del temerario que osare disputarle su tesoro, ay del indiscreto que fijare sus ojos en las almenas de donde espera el caballero una seña misteriosa! No es tan terrible la leona á la que han arrebatado sus cachorros; y el bosque azotado por el aquilon no se agita como el corazon del fiero amante; nada será capaz de detener su venganza; ó dar la muerte á su rival, ó recibirla.

Examinando esta informe mezcla de blandura y de fiereza, de religion y de pasiones, mezcla que sin duda habrán exagerado un poco el capricho de los cronistas y la imaginacion de los trovadores, pero que no deja de tener su tipo muy real y verdadero, nótese que era muy natural en su época, y que nada entraña de la contradiccion que á primera vista pudiera presentar. En efecto; nada mas natural que el ser muy violentas las pasiones de unos hombres, cuyos progenitores poco lejanos, habian venido de las selvas del Norte á plantar su tienda ensangrentada sobre las ruinas de las ciudades que habian destruido; nada mas natural que el no conocer otro juez que el de su brazo unos hombres que no ejercian otra profesion que la guerra, y ademas vivian en una sociedad que estando todavia en embrion, carecia de un poder público bastante fuerte para tener á raya las pasiones particulares; y nada por fin mas natural en esos mismos hombres que el ser tan vivo el sentimiento religioso, pues que la religion era el único poder por ellos reconocido, la religion habia encantado su fantasía con el esplendor y magnificencia de los templos, y la magestad y pompa del culto, la religion los habia llenado de asombro presentando á sus ojos el espectáculo de las virtudes mas sublimes, y haciendo resonar á sus oidos un lenguaje tan elevado, como dulce y penetrante; lenguaje que si bien no era por ellos bien comprendido, no dejaba de convencerlos de la santidad y divinidad de los misterios y preceptos de la religion, arrancándoles una admiracion y acatamiento, que obrando sobre almas de tan vigoroso temple, engendraba el entusiasmo, y producía el heroismo. En lo que se echa de ver que todo cuanto habia de bueno en aquella exaltacion de sentimientos, todo dimanaba de la religion; y que si de ella se prescinde, solo vemos al bárbaro que no conoce otra ley que su lanza; ni otra guia en su conducta que las inspiraciones de un corazon lleno de fuego.

Calando mas y mas en el espíritu de la caballería, y parándose particularmente en el carácter de los sentimientos que entrañaba con respecto á la muger, parece que lejos de realzarla la supone ya realzada, ya rodeada de consideracion; no le da un nuevo lugar, la encuentra ocupándolo ya. Y á la verdad, á no ser así, ¿cómo es posible concebir tan exagerada, tan fantástica galantería? Pero imaginaos la belleza de la vírgen cubierta con el velo del pudor cristiano, y aumentándose así la ilusion y el encanto; entonces concebireis el delirio del caballero; imaginaos á la virtuosa matrona, á la compañera del hombre, á la madre de familia, á la muger única en quien se concentran todas las afecciones del marido y de los hijos, á la esposa cristiana, y entonces concebireis tambien por qué el caballero se embriaga con el solo pensamiento de alcanzar tanta dicha, y por qué el amor es algo mas que amor, algo mas que un arrebatado voluptuoso, es un respeto, una veneracion, un culto.

No han faltado algunos que han pretendido encontrar el origen de esa especie de culto, en las costumbres de los germanos, y refiriéndose á ciertas espresiones de Tácito han querido esplicar la mejora social de las mugeres como dimanada del respeto con que las miraban aquellos bárbaros. M. Guizot desecha esta asercion, y la combate muy atinadamente haciendo observar, que lo que nos dice Tácito de los germanos, "no era característico de aquellos pueblos, pues que espresiones iguales á las de Tácito, los mismos sentimientos, los mismos usos de los germanos se descubren en las relaciones que hacen una multitud de historiadores de otros pueblos salvajes." Todavía despues de la observacion de M. Guizot, se ha sostenido la misma opinion, y así es menester combatirla de nuevo.

Hé aquí el pasage de Tácito: "*Inesse quin etiam sanctum aliquid et providum putant: nec aut consilia earum aspernantur, aut responsa negligunt. Vidimus sub divo Vespasiano, Veledam diu apud plerosque numinis loco habitam.*" (De mor. Germ.) "Hasta llegan á creer que hay en las mugeres algo de santo y de profético, y ni desprecian sus consejos, ni desoyen sus pronósticos. En tiempo del divino Vespasiano, vimos que por largo espacio Velleda fué tenida por muchos como diosa." A mi juicio se entiende muy mal ese pasage de Tácito, cuando se le quiere dar estension á las costumbres domésticas, cuando se le quiere tomar

como un rasgo que retrata las relaciones conyugales. Si se fija debidamente la atención en las palabras del historiador, se echará de ver que esto distaba mucho de su mente; pues que sus palabras solo se refieren á la superstición de considerar á algunas mugeres como profetisas. Confirmase la verdad y exactitud de esta observación con el mismo ejemplo que aduce de Velleda, la cual, dice era reputada por muchos como diosa. En otro lugar de sus obras (*Histori. l. 4*), explica Tácito su pensamiento, pues hablando de la misma Velleda nos dice: "que esta doncella de la nación de los Bructeros tenia gran dominio, á causa de la antigua costumbre de los germanos, con que miraban á muchas mugeres como profetisas, y andando en aumento la superstición, llegaban hasta á tenerlas por diosas. *"Ea virgo nationis Bructera late imperitabat: vetere apud germanos more, quo plerasque faminarum, fatidicas, et augescente superstitione, arbitrantur deas."* El texto que se acaba de citar prueba hasta la evidencia, que Tácito habla de la superstición, no del orden doméstico; cosas muy diferentes, pues no media inconveniente alguno en que algunas mugeres sean tenidas como semidiosas, y entretanto la generalidad de ellas no ocupen en la sociedad el puesto que les corresponde. En Atenas se daba grande importancia á las sacerdotisas de Ceres; en Roma á las vestales; y las Pitonisas, y la historia de las famosas Sibilas, manifiestan que el tener por fatidicas á las mugeres, no era exclusivamente propio de los germanos. No debo ahora explicar la causa de estos hechos, me basta consignarlos; tal vez la fisiología podria en esta parte suministrar luces á la filosofía de la historia.

Que el orden de la superstición y el de la familia eran muy diferentes, es fácil notarlo en la misma obra de Tácito, cuando describe la severidad de costumbres de los germanos con respecto al matrimonio. Nada hay allí de aquel *sanctum et providum*, solo sí una austeridad que conservaba á cada cual en la línea de sus deberes, y lejos de ser la muger tenida como diosa, si caía en la infidelidad, quedaba encomendado al marido el castigo de su falta. Es curioso el pasaje, pues indica que entre los germanos no debian tampoco ser escasas las facultades del hombre sobre la muger. *"Accisis crinibus, dice, nudatam coram propinquis expellit domo maritus, ac per omnem vicum verberare agit."* "Rapado el cabello, échala de casa el marido en presencia de los pa-

rientes, y desnuda la anda azotando por todo el lugar." Este castigo da sin duda una idea de la ignominia que entre los germanos acompañaba al adulterio; pero no es muy favorable á la estimación pública de la muger; ésta hubiera ganado mucho con la pena del apedreamiento.

Cuando Tácito nos describe el estado social de los germanos, es preciso no olvidar que quizás algunos rasgos de costumbres son de propósito realzados algun tanto; pues que nada es mas natural en un escritor del temple de Tácito, viviendo acongojado y exasperado por la espantosa corrupción de costumbres, que á la sazón dominaba entre los romanos. Píntanos con magníficas plumadas la santidad del matrimonio de los germanos, es verdad; pero ¿quién no ve que mientras escribe tiene á la vista aquellas matronas que, como dice Séneca, debian contar los años, no por la sucesión de los cónsules sino por el cambio de maridos? ¿Aquellas damas sin rastro de pudor, entregadas á la disolución mas asquerosa? Poco trabajo cuesta el concebir dónde se fijaba la ceñuda mirada de Tácito, cuando arroja sus concisas reflexiones como flechas. *"Nemo enim illic vitia ridet, nec corrumpere et corrumpi seculum vocatur."* "Allí el vicio no hace reír, ni la corrupción se apellida moda." Rasgo vigoroso que retrata todo un siglo, y que nos hace entender el secreto gusto que tendria Tácito en echar en cara á la corrompida cultura de los romanos la pureza de costumbres de los bárbaros. Lo mismo que aguzaba el festivo ingenio de Juvenal y envenenaba su punzante sátira, escitaba la indignación de Tácito, y arrancaba á su grave filosofía reprensiones severas.

Que sus cuadros tenian algo de exagerado en favor de los germanos, y que entre ellos no eran las costumbres tan puras cual se nos quiere persuadir, indícanlo otras noticias que tenemos sobre aquellos bárbaros. Posible es que fueran muy delicados en punto al matrimonio, pero lo cierto es que no era desconocida en sus costumbres la poligamia. César, testigo ocular, refiere que el rey germano Ariovisto tenia dos mugeres (*De bello gal. l. 1*); y este no era un ejemplo aislado, pues que el mismo Tácito nos dice que habia algunos pocos que tenian á un tiempo varias mugeres, no por liviandad, sino por nobleza; *"exceptis admodum paucis, qui non libidine, sed ob nobilitatem, pluribus nuptiis ambiuntur."* No deja de hacer gracia aquello de *non libidine, sed*

ob nobilitatem, pero al fin resulta que los reyes y los nobles, bajo uno ú otro pretesto, se tomaban alguna mayor libertad de la que hubiera querido el austero historiador.

¿Quién sabe cómo estaría la moralidad en medio de aquellas selvas? Si discurriendo con analogía quisiéramos aventurar algunas conjeturas, fundándonos en las semejanzas que es regular tuviesen entre sí los diferentes pueblos del Norte, ¿qué no podríamos sospechar por aquella costumbre de los bretones, quienes de diez en diez ó de doce en doce, tenían las mugeres comunes, y mayormente hermanos con hermanos, y padres con hijos, de suerte que para distinguir las familias tenían que andar á tientas, atribuyendo los hijos al primero que había tomado la doncella? César, testigo de vista, es quien lo refiere: "*uxores habent (Britanni) deni duodeni que inter se communes, et maxime fratres cum fratribus et parentes cum liberis; sed si qui sunt ex his nati, eorum habentur liberi, á quibus primum virgines quaeque ductae sunt.* (De Bell. Gall. l. 5.)

Sea de esto lo que fuere, es cierto al menos que el principio de la monogamia no era tan respetado entre los germanos como se ha querido suponer; habia una escepcion en favor de los nobles, es decir, de los poderosos, y esto bastaba para desvirtuarle y preparar su ruina. En estas materias, limitar la ley con escepciones en favor del poderoso es poco menos que abrogarla. Se dirá que al poderoso nunca le faltan medios para quebrantar la ley; pero no es lo mismo que él la quebrante ó que ella misma se retire para dejarle el camino libre: en el primer caso el empleo de la fuerza no anonada la ley, el mismo choque con que se la rompe hace sentir su existencia, y pone de manifiesto la sinrazon y la injusticia; en el segundo la misma ley se prostituye, por decirlo así, las pasiones no necesitan de la violencia para abrirse paso, ella les franquea villanamente la puerta. Desde entonces queda envilecida y degradada; hace vacilar el mismo principio moral que le sirve de fundamento; y como en pena de su complicidad inicua, se convierte en objeto de animadversion de aquellos que se encuentran forzados todavía á rendirle homenaje

Así que una vez reconocido entre los germanos el privilegio de poligamia en favor de los poderosos debia con el tiempo generalizarse esta costumbre á las demas clases del pueblo: y es muy probable que así se hubiera verificado luego que la ocupa-

cion de nuevos países mas templados y feraces; y algun adelantó en su estado social, les hubiesen proporcionado en mayor abundancia los medios de satisfacer las necesidades mas urgentes. Solo pudo prevenirse tan grave mal con la inflexible severidad de la Iglesia Católica. Los nobles y los reyes conservaban todavía fuerte inclinacion al privilegio de que hemos visto que disfrutaban sus antecesores antes de abrazar la religion cristiana, y de aquí es que en los primeros siglos despues de la irrupcion, vemos que la Iglesia alcanza á duras penas á contenerlos en sus inclinaciones violentas. Los que se han empeñado en descubrir entre los germanos tantos elementos de la civilizacion moderna, ¿no hubieran quizás andado mas acertados en encontrar en las costumbres que se han indicado mas arriba, una de las causas que ocasionaron tan frecuentes choques entre los príncipes seculares y la Iglesia?

No alcanzo por qué se ha de buscar en los bosques de los bárbaros el origen de una de las mas bellas calidades que honran nuestra civilizacion, ni por qué se les han de atribuir virtudes de que por cierto no se mostraron muy provistos tan pronto como se arrojaron sobre el Mediodia. Sin monumentos, sin historia, con escasísimos indicios sobre el estado social de aquellos pueblos, difícil es, por no decir imposible, asentar nada fijo sobre sus costumbres: pero ¿qué habia de ser de la moralidad en medio de tanta ignorancia, tanta supersticion y barbarie?

Lo poco que sabemos de aquellos pueblos hemos tenido que tomarlo de los historiadores romanos; y desgraciadamente no es este uno de los mejores manantiales para beber el agua bien pura. Sucede casi siempre que los observadores, mayormente cuando son guerreros que van á conquistar, solo pueden dar alguna cuenta del estado político de los pueblos poco conocidos á quienes observan, andando escasos en lo tocante al social y de familia. Y es que para formarse idea de esto último es necesario mezclarse é intimarse con los pueblos observados, cosa que no suele consentir el diferente estado de la civilizacion, y mucho menos cuando entre observadores y observados reinan encarnizados odios hijos de largas temporadas de guerra á muerte. Añádese á esto que en tales casos lo que llama mas particularmente la atencion es lo que puede favorecer ó contrariar los designios de los conquistadores; quienes por lo comun no dan mucha importancia á